

¿Los intelectuales son clase social?

Un ensayo cuidadoso y correctamente planteado por Enrique González Rojo pierde seriedad porque toda su argumentación gira una supuesta propiedad de los medios de producción intelectual.

HACIA UNA TEORIA MARXISTA DEL TRABAJO INTELECTUAL Y EL TRABAJO MANUAL, por Enrique González Rojo. Edit. Grijalbo. 219 pp.



En el Segundo Coloquio Nacional de Filosofía, celebrado en Monterrey, N. L., en octubre del año pasado, Enrique González Rojo —poeta, ensayista y profesor universitario— comunicó a los participantes su gran hallazgo: la existencia de la "clase social intelectual". Muchos de sus colegas se dedicaron a hacer comentarios irónicos y a burlarse despiadadamente de G. R., a sus espaldas. Pero creemos que es

mejor analizar crítica y someramente las tesis de este profesor mexicano de filosofía.

G. R. expone con toda extensión sus tesis en el libro *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*, un ensayo cuidadoso, bien escrito y coherentemente planteado, lo que no significa que esté exento de errores graves, contradicciones y equívocos.

El punto de partida sobre el que se apoya G. R. es la concepción marxista de la división de clases sociales, según la cual una clase es la propietaria de los medios de producción material (económica), lo que le asegura privilegios y un lugar dominante en la sociedad, mientras que otra clase solamente posee su fuerza de trabajo, que reproduce mediante el salario, y constituye la clase de los dominados y explotados. G. R. construye una analogía y afirma que aparte hay otra clase social, intelectual, que es propietaria de los medios de producción intelectual o "espiritual", lo cual la llena de privilegios socioeconómicos frente al simple trabajo del obrero manual. De esta manera, argumenta, esta tercera clase explota a los trabajadores manuales (desposeídos de los medios intelectuales y se genera entre ellos un peculiar proceso de lucha de clases.

G. R. se ve obligado a hacer muchas matizaciones: asegura, por ejemplo, que no existe el trabajo intelectual puro ni el puro trabajo manual, pues ambos se combinan en la práctica; sostiene que los intelectuales forman parte de las clases dominadas en el sentido económico, pero se convierten en dominadores, desde el punto de vista técnico-funcional (o división técnica del trabajo); puntualiza que el trabajo comprende dos grados: el simple y el complejo, lo mismo en el ámbito manual que en el intelectual, pero que ambos están sometidos a los cambios de la oferta y la demanda.

A pesar de que G. R. insiste en que se deben evitar las

ambigüedades y las imprecisiones, él mismo resbala en algunos equívocos imperdonables. Por ejemplo, dentro de la presunta clase social intelectual pueden quedar comprendidos lo mismo un Octavio Paz —pongamos por caso— que el simple cajero de un banco. Algunos señalamientos que hace G. R. se tornan equívocos dada la amplitud y lo irrestricto de esta "insospechada" nueva clase.

Otro aspecto más grave es que toda su argumentación gira sobre una supuesta propiedad sobre los medios de producción intelectual, pero G. R. nunca define claramente cuáles son esos medios ni cómo se ejerce el derecho de propiedad sobre ellos. (Habrá que preguntarles a los investigadores del fraccionado Instituto de Energía Nuclear — intelectuales según G. R.— si son dueños de los medios de producción espiritual con los que han trabajado.)

El autor advierte —con toda justeza— que a la revolución económica habrán de seguir otras: cultural, sexual, educativa, científica, etc. Y si bien admite *que en* los países socialistas se ha logrado una transformación económica radical, sustenta que los intelectuales (en su versión, burócratas) han impedido el surgimiento de esas otras revoluciones, preservando sus intereses como "clase dominante intelectual". Su crítica es correcta, pero el camino conceptual que sigue G. R. parece infundado, desde el punto de vista del materialismo histórico, por las razones anotadas. Por otra lado, no veo por qué reivindicar como derivado de la filosofía marxista el esfuerzo de G. R., pues si se apoya en premisas demostradas por Marx, llega a conclusiones que poco o nada tienen que ver con el marxismo, en todas sus variantes y versiones.

En suma, se puede decir que dentro del materialismo histórico-dialéctico no se han explorado debidamente las diferencias y contradicciones entre el trabajo intelectual y el manual, así como tampoco se han examinado las peculiaridades adoptadas por la

presencia de la burocracia que gobierna los regímenes socialistas. En su conjunto, el libro de E. G. R. no permite avanzar adecuadamente sobre estas insuficiencias, pese a su claridad expositiva y a su fraseología marxista.

Periódico “la onda”, Domingo 14 de mayo de 1978.